
Siete Señores de la Guerra

"El halcón carece de fuerzas en el aire, una vez privado de sus alas; el hombre, en la tierra, es impotente sin el caballo".

(Proverbio oriental pre-mogólico)

Hernando Gaitán L.



Genghis Khan conquistador de Asia

El Pueblo Ignoto

Cuando se habla de los mogoles, de este pueblo que se pierde en las brumas del tiempo —en esa época en que la civilización comenzó a ser—, nada en concreto puede argumentarse sobre su origen. Pero

la evidencia se abre camino en lo que concierne a su descendencia de los "Hunos". La tradición oral de estos últimos hablaba de un gran imperio que logró enseñorearse de vastas regiones asiáticas y que constituyó un modelo de organización —sobre él— aun cuando versiones y testimonios comienzan a vislumbrarse, la exactitud que precisa una aseveración histórica, no se ha obtenido aún. Sin embargo, hay algo que tiende a justificar ese recuerdo mítico de este pueblo conquistador —de bárbaros geniales—, íntegros en sus convicciones y propósitos de hacerse al dominio del mundo.

Según la tradición, unos hombres, los Yüe-Chi, como los apellidaron los cronistas chinos, eran, según ellos, una especie de diablos de ojos azules o grises, altos y de cabezas largas, que se movieron a través del calidoscopio de las estepas, hacia el Este, hacia el sol naciente. Con posterioridad, estudiosos del pasado, han sugerido que ellos provenían de la desolada extensión rusa. Historiadores contemporáneos alemanes lo han admitido, atribuyéndoles también el antiguo emblema de la svástica. Para confirmar sus posiciones, desvelados investigadores de esta maravillosa página de tan remoto pasado, ofrecieron recientemente testimonios válidos sobre el descubrimiento de sus rastros en los templos de roca del Asia Central, donde los frescos de los muros muestran figuras de hombres altos con cabezas europeas y ojos claros.

Antes de que la inexorable evolución impuesta por la tierra dura y el clima acervo de las estepas conformara la nueva figura conque se adentrarían en la historia, debieron encender una chispa de propósito ambulatorio y de inteligencia —que se anidaba en ellos— y que cayó en las yescas encendidas de las tribus que se cruzaron en su destino.

Otra referencia, también muy valiosa, sobre este posible antepasado mogol, es la de los griegos, que por medio de sus viajeros y comerciantes, registraron que masas ignoradas migraban allende el borde de las tierras conocidas. Sus historiadores —de feliz inspiración— para designar los hechos y las cosas, acuñaron nombres adecuados a las imágenes descritas por sus incansables viajeros: "Los hiperbóreos moradores de allende el Viento Norte". Los chinos, un poco más detallistas los llamaron "los rancios" y "los diablos".

El tiempo, que se encarga de concretar los rumores y las leyendas, ha comprobado que de aquéllos hiperbóreos, descendieron en línea directa los nómadas desconocidos hasta cuando transcurrió el primer milenio antes de nuestra era. Por sus referencias históricas, se ha llegado al planteamiento de que, los remotos "Yüe-Chi" había ido a parar en nómadas grasientos, que cubrían su cuerpo con grasa para contener el frío que mordía su carne flaca, de piel dura, con poco pelo, pómulos elevados y ojos entrecerrados contra el viento, el polvo, la nieve y el resplandor solar. Y la naturaleza que impone y conforma, les había también procurado piernas cortas y algo arqueadas para calzar en el cuerpo del caballo, y brazos y piernas poderosos. Al forjar esta apariencia que amedrantaría a los pueblos civilizados del mundo exterior —más allá de las mesetas del Asia Central— les había también dotado de la resistencia necesaria contra el frío y la sed, para que sobrevivieran y perseveraran en su evolución.

Cuando nos ocupamos de Atila y de los Hunos, ya nos habíamos formulado la pre-

gunta, del por qué de esa acogida tan espontánea que brindó la leyenda nórdica a los Nibelungos, aquéllos enanos que ocultaban el oro en oscuras y profundas cavernas. ¿Sería, tal vez, porque pensaban que esta rama mítica de los hombres de ojos azules y cabello rubio, que habían marchado hacia tanto tiempo con rumbo al Este, estaban de regreso a la llanura danubiana varios milenios después, bajo esta forma?

El joven Temudschin (Temujin)

En el año 1157, la llamarada de las Cruzadas estaba próxima a extinguirse; las grandes migraciones parecían estar llegando a su final. Era como si las fuerzas primitivas, represadas, hubieran ya cumplido la jornada. Las tribus mogolas continuaban pastando sus ganados, indiferentes a lo que ocurría en el resto del mundo. Herederos de una larga tradición, proseguían alzando sus tiendas de fieltro donde crecían los pastos frescos y luego seguían peregrinando en busca de otros nuevos. De los grandes clanes a que habían pertenecido, llegaron inevitablemente a conformar la unidad familiar, de vida precaria e incierta, siempre al vaivén de las luchas y escaramuzas que libraban los pequeños señores de la guerra y a las cuales no podían sustraerse, a riesgo de perecer en la azarosa contienda, sin saber de dónde les llegaba la muerte.

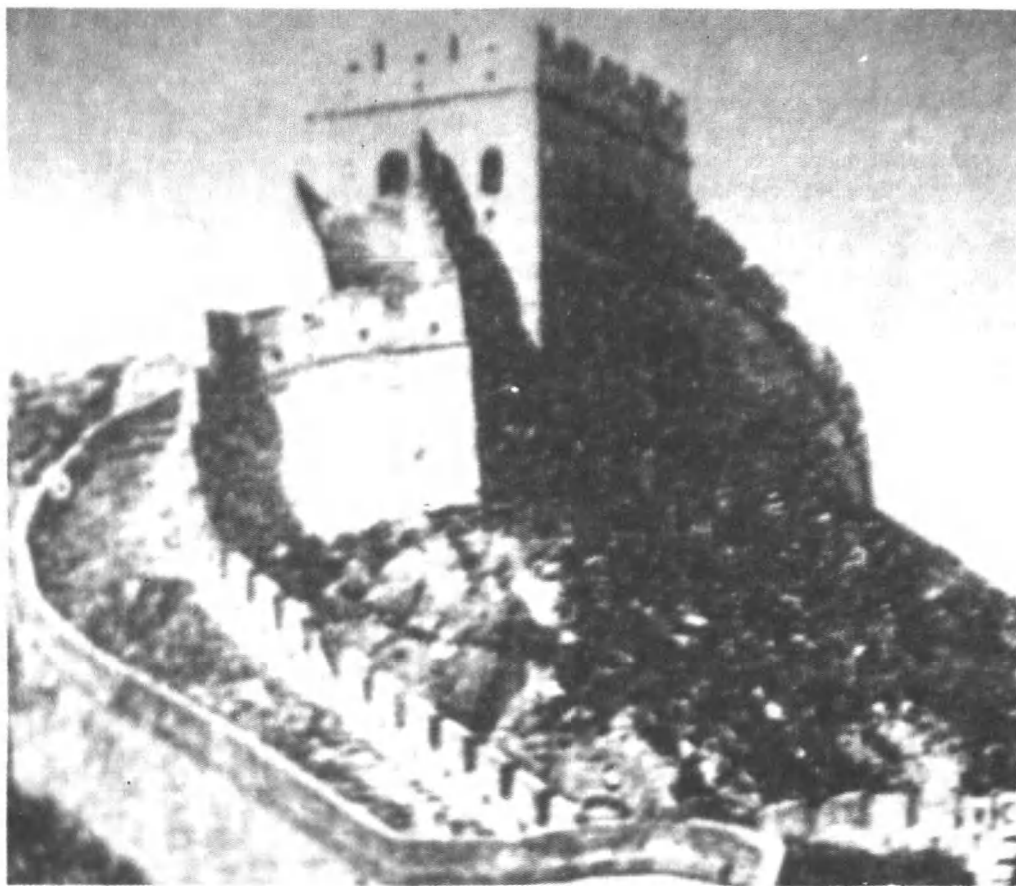
En este año, que era el de la Liebre, en una de esas familias pobres "nació un niño agarrado a un coágulo de sangre, sin más bienes que el fuerte instinto de sobrevivir de su raza". En los anales chinos ese nacimiento, está indicado en el año 1162, el del Caballo. El pequeño hematoma que el niño trajo en la muñeca, tenía la forma de una gema encarnada, lo que hizo profetizar al Schaman de la tribu, que el niño sería un poderoso guerrero. Su padre —Yessughei— Bagatur que conocía la historia de la tribu hasta la oncenava generación y que en mejores días llegó a mandar sobre cerca de 40.000 tiendas, llamó al niño

Temudschin, porque al mirar en derredor cuando éste vino a la vida, lo primero que vieron sus ojos fue un pedazo de hierro. La madre, Oelón-Eke (madre nube), cantaba al pie de su cuna la fuerza de los "Barjigun", sus antepasados de ojos azules de la estepa "Rodaban sus voces como el trueno de las montañas. Eran fuertes sus manos como de osos y quebraban en dos a un hombre como si fuera una flecha. En las noches de invierno dormían desnudos frente a una hoguera de poderosos árboles, y las chispas y brasas que caían sobre ellos, no eran más que picaduras de insectos".

La pobreza seguía rondando, hasta cuando Temudschin estuvo en capacidad de marchar tras sus escasos animales, aprender el manejo de las armas y luchar para prote-

ger su vida y su libertad. "Salvo nuestras sombras, nada nos acompaña, no tenemos enemigos. Salvo la cola de un caballo, no tenemos látigo". También le recordaba su madre, que el Jefe de otra tribu había envenenado a su padre.

Allá en la distancia, a muchos días de jornada, detrás de sus murallas, una civilización china, la de los Sung, languidecía en medio de las ruinas de su decadencia. Uno de sus poetas Li-Tai-Po, se lamentaba, evocando el espléndido período de los Tang: "Miramos como pasan las cosas — almas humanas y sus actos— como las inquietas aguas del Yang-Tse, flotando hasta perderse en el mar". En Europa alborreaba la Edad Feudal. Un sabio que intentara verter al latín alguna obra de Aristóteles, desafiaba el peligro de ser con-



denado como herético, por los celosos eclesiásticos. En la España de los árabes, en la egregia Córdoba, y al otro lado del mar, en el legendarío Cairo, florecían las universidades. En cambio, las de París y Bolofia, eran apenas aulas de enseñanza del catolicismo latino.

Algo, como una gran inercia, parecía flotar, después que los hombres de los caballos y las carretas fijaron sus viviendas sobre las ruinas del Imperio Romano. Era, como si las fuerzas vitales estuvieran siendo arrastradas por el bajar.

Muda e impotente, la madre de Temudschin debió presenciar cómo se iba deshaciendo la tribu, hasta quedar apenas unas pocas viviendas, entre ellas, la suya, y la de la segunda esposa de Yessughei, a raíz de que éste fuera envenenado por sus enemigos. Para salvar este último resto, las dos mujeres y sus pequeños hijos debieron proteger sus escasos rebaños de los ladrones, a pescar con anzuelo y red y a cosechar bayas y raíces comestibles. Temudschin, sus hermanos, sus medio hermanos y las dos mujeres, sólo comían puerros, raíces y mijo hervido, cosas que el mogol solía despreciar. En esta dura escuela aprendería a ingeniar, a cazar animales y a tolerar que sus medio hermanos, le arrebataran las piezas cobradas e hicieran alarde de su gran fuerza física.

Un día que se agotó su tolerancia, alzó su arco, puso el dardo y mató al más fuerte. Pese a la cólera de su madre, a partir de este hecho, fue adquiriendo poder y ascendiente sobre los demás. Su capacidad de disimulo y su voluntad indomable, permitieron que su otro medio hermano, aleccionado por la suerte del primero, se convirtiera en su aliado y llegara a ser con el tiempo, un compañero que se ligó a su vida y no le falló nunca en trance o peligro alguno.

A su alrededor, seguía librándose una sorda lucha por el poder, hasta que por fin uno de los jefes, Targutai, se convirtió en el dueño del "Ordu". Desde su acceso al

mando se propuso no hostilizar a la familia de Temudschin ni arrebatarle sus bienes; pero, en cuanto a éste, conocedor de su rebeldía, lo persiguió por todos los medios, hasta lograr que huyera y se refugiara en la espesura del bosque, como un animal acosado por los perros. Metódicamente —a la usanza mogola— le fueron cerrando todas las vías de escape y le cortaron todo acceso al agua y a los alimentos. Impotente y reducido a la última necesidad, fue apresado por sus perseguidores y llevado hasta Targutai, en la creencia de que éste le iba a dar muerte. Sin embargo, cuando echó de ver que el rebelde era un verdadero Burtschign, de ojos azules, cabello rojizo, matiz aceitunado, mirada orgullosa, y, a la vez astuta, pensó para sus adentros, que en su propio beneficio, podría hacer de él un excelente y útil compañero. Mientras tanto decidió mantenerlo como rehén, pero enseñándole a obedecer. Dio orden de ponerle en la nuca el terrible yugo mogol, con las manos atadas al extremo de la madera y con un centinela de vista, que para domar su orgullo, se dispuso que fuera un muchacho como de su edad. Cuando se cercioró del cumplimiento de sus órdenes, se introdujo con sus guardias en la tienda y se dedicó a beber copas de licor, como para celebrar un triunfo.

Cuando llegó la noche y brillaba esplendorosamente la luna, Temudschin se deslizó sigilosamente hacia el guardián que esperaba hábidamente a que de la tienda le botaran un trozo de cordero. El prisionero se alzó a medias y con el extremo del cepo le propinó un golpe en la cabeza y arrastrándose emprendió la fuga hacia el río donde se sumergió entre las cañas, permaneciendo inmóvil para que no se delatara su presencia.

Todas las pesquisas por descubrirlo resultaron inútiles y resolvieron continuarlas al amanecer. Pero el viejo guerrero Sorgan-Schira, con cuyos hijos solía jugar el fugitivo, logró vislumbrarlo con sus agudos ojos, pero prefirió ignorar que lo había visto y regresó a su tienda de campaña como los demás guerreros. Cuál no sería su sor-

presa, cuando momentos después el muchacho penetró a la tienda e invocó su auxilio. Pese a sus recelos y temores de verse involucrado en la fuga, le libertó del yugo y le dio algo de comer. Cuando la luna comenzó a empalidecer, el joven rebelde provisto de un viejo arco y flechas, emprendió camino hacia los bosques, protegido por las últimas sombras de la noche. Jamás olvidaría el favor recibido, y cuando disfrutó del triunfo y del poder, le concedió la dignidad de Oerlok. Sobre el lomo del primer caballo que logró ver, se alejó a todo galope, dirigiéndose a los montes Bunkar-Kaldun, en busca de los Kint-Burtschigin, antiguos amigos de su padre.

Cuando estos le brindaron su hospitalidad y saciaron su hambre y sed, recordó la leyenda de que a uno de sus antepasados que se refugió en estos montes, el cielo le enviaba alimentos a diario, por intermedio de un halcón. A partir de entonces, los hombres de esta tribu, adoptaron como espíritu tutelar el halcón y su imagen fue bordada en su bandera.

Para regocijo del fugitivo, allí acudieron también en busca de refugio todos los de su familia, junto con los escasos bienes que les quedaban. Por algún tiempo lograron vivir en paz, hasta cuando un grupo de ladrones, aprovechándose de la oscuridad, se llegó al claro donde pastaban los caballos y se los llevaron consigo. Junto con su fiel medio hermano emprendieron la persecución en un caballo que éste se procuró. Después de muchas peripecias, en que contó con el apoyo de gentes que conservaban el recuerdo de su padre, dieron con la manada de caballos de los ladrones, rescataron sorpresivamente a los suyos protegidos por la oscuridad y emprendieron velozmente el regreso. Perseguidos, hicieron buen empleo de sus arcos y flechas, logrando retornar a su tienda, no sin haber causado bajas a los ladrones. Con estas primeras aventuras comenzó a sonar su nombre y varios jóvenes valientes se alistaron bajo sus órdenes.

A los 17 años ya no era el pobre y abandonado que debió pescar y comer puerros

salvajes. Nuevas hazañas, propias de un mogol errabundo, hicieron crecer su prestigio y a su alrededor comenzó a forjarse una leyenda, que ante las fogatas de los campamentos se contaban los hombres.

Cuando se casó, a la usanza mogola, pareció que su vida se acomodaría a la del común de los jóvenes valientes y audaces de su edad, característica de su pueblo. Sin embargo, la tradición de lucha y de aventura de sus ancestros, lo envolvió por entero. Luchó sin descanso por conseguir nombradía y debió pasar por grandes experiencias. Hubo rivales que trataron de compartir su fama y poder, pero sorteando dificultades sin cuento, consiguió que en su "Ordu" se concentraran los jefes más sobresalientes de la gran familia mogola. Así se vio al frente de 13.000 tiendas y sus huestes comenzaron a crecer como por encanto, igual que su fama y ferocidad. Su enemigo Targutai, a quien venció por fin en una batalla que se prolongó varios días, con grandes alternativas de parte y parte, cayó prisionero con setenta jefes más. Cronistas persas pretenden que los mandó hervir vivos, en grandes calderas. Un relato ruso dice que ordenó engarzar en plata el cráneo de Targutai, para que le sirviera de copa. Este trofeo le acompañaría siempre en todas sus campañas. A la historia pasaría con el nombre de "la ira de Gengis Khan".

De aquí en adelante, su ascensión revistió las características de un poder que parecía sobrenatural. Ya no continuaría llamándose Temudschin, pues había nacido un nuevo hombre que azotaría el mundo.

En una expedición de castigo —contra la tribu que le persiguió en la época oscura de su desgracia, hasta el Monte Bunkar-Kandun y lo rodeó—, aquella fue pasada a cuchillo hasta el último hombre. "De sus mujeres, las que servían para madres, fueron hechas madres; las que servían para esclavas, fueron hechas esclavas".

Pero no todo fue violencia en su agitada vida. Algún día se murmuró por la estepa:

"Los cabecillas de los Tai-Eschutos nos buscan dificultades sin motivo alguno y nos oprimen. Roban nuestros mejores caballos. En cambio, Temudschin, se quita el traje que lleva puesto y nos lo regala, se apea del caballo que él monta para dárnoslo".

En 1206 los aristócratas de las estepas que habían sobrevivido a las cruentas guerras tribales, se reunieron en torno a sus hogueras y discutieron el nombre del que había de ser su jefe. Después de esta reunión de los noyanes de las familias más viejas, se encaminaron a la tienda de Temudschin y le informaron que habían decidido nombrarle Khan. "Una vez que lo seas te obedeceremos; cuando luches, nosotros lucharemos a tu lado; cuando capturemos jóvenes hermosas, te daremos las mejores".

Conociendo las reacciones e instintos de su pueblo, les prohibió, bajo pena de muerte, combatirse unos a otros y conservar una unidad inquebrantable. Para ser más enfático rompió en sus manos una flecha; luego juntó varias y las pasó a un guerrero, para que haciendo de ellas un solo haz, tratara de quebrarlo. Cuando aquél manifestó su incapacidad para hacerlo, les puso de presente, que unidos serían invencibles; separados, terminarían como la flecha sola. Procedió luego a organizar la guardia de hombres escogidos (Keshik), devotos del Khan. Ya, bajo su nueva personalidad, no permitió más ocios a los nómadas. De ahí en adelante dio un propósito a la vida azarosa de costumbre y se rodeó de la autoridad de que le revistieron sus hombres. Había que hacer olvidar a Temudschin para darle paso a Gengis Khan, el ser omnipotente con que siempre sueñan las tribus.

Gengis Khan

Con esa clara visión de su destino que presidiría todos los actos de su vida, y con la convicción absoluta de que los mogoles

debían ser amos y dueños del mundo, formó un ejército permanente de jinetes, en que las tribus se fundieron en regimientos.

A él llevó los mejores hombres capaces de cabalgar; de más de catorce y de menos de setenta años de edad. Los aptos, pero no elegidos para el ejército, los asignó para cuidar los caminos y los animales de transporte. Los débiles, armados sólo de palos y látigos, serían los guardianes del ganado. Los campamentos quedaron a cargo de las mujeres, niños y ancianos. En esta forma el concepto tribal fue sustituido por el de un pueblo en armas.

Los nuevos regimientos o centro del ejército, se mantuvieron en la sede inicial. La guardia acompañaría siempre al Khan. El ala izquierda operaría en el Este; la derecha, en las regiones Occidentales. Los oficiales al mando de las nuevas unidades, deberían ser parientes de los guerreros en filas. Los hijos deberían ocupar el lugar de los padres.

Con las experiencias que adquirió frente a los ejércitos chinos, el Estado Mayor se puso a la tarea de tecnificar más el arte de la guerra. El cursillo inicial de preparación militar, se elevó a la categoría de institución periódica, porque el "pueblo en armas requería un cuerpo de oficiales de escuela, fogueados en combate. La educación militar sería continua y progresiva, para estar en condiciones de adaptarse a todas las circunstancias e ignorar las dificultades".

El primer curso de esta Academia Militar Mogola, se concretaba sólo a enseñar el arte del asedio, el empleo de escaleras de asalto y de sacos de arena, la confección y uso de gigantescos broqueles, bajo cuya protección podían aproximarse a las fortalezas. Cada tribu debía fabricar material de asedio, porque éste debía ser almacenado en arsenales especiales, bajo la vigilancia de oficiales de material de guerra, responsables de su conservación y custodia, y que sería distribuido cuando el ejército se pusiera en marcha para la guerra.

"Ya que el cielo me ha destinado para reinar sobre todos los pueblos del mundo, ordeno que del Tuman, de las divisiones de mil hombres y de las centurias, se elijan diez mil hombres que siempre estarán cerca de mí. Tendrán que ser altos, fuertes y hábiles; deberán ser hijos de jefes, de dignatarios o de guerreros libres". Así conformó Gengis Khan un conjunto selecto entre la masa del ejército. "El oficial de mi guardia mandará mil hombres, pero este

oficial no podrá castigar a los soldados de la guardia. Todos ellos estarán bajo la justicia del Khan".

En esta forma no sólo creaba una tropa selecta, sino que constituía una masa de carne, cuya habilidad y cualidades conocía perfectamente. Cada uno de sus integrantes podía ocupar cualquier puesto civil directivo. Dentro de aquéllos diez mil guerreros, eligió mil para su guardia personal,



conforme a su distribución habitual de centena y decena que se aplicaba en su estructura militar.

Cuando el ejército entraba en campaña, más importante que su número era su organización y equipo. Las artes de los médicos extranjeros, los artesanos y los técnicos, completaban la combatividad de sus huestes.

Cada soldado debía llevar consigo, no sólo todo lo que necesitaba, según los climas y

mente desmontadas las máquinas para lanzar proyectiles —décadas antes de que Bertoldo Schivarz inventara la pólvora—. Los proyectiles consistían en el "Hopao" y en el "Chin—Tien—Leil"; lanzaderas de fuego y cañones para incendiar las torres de madera y rociar a los defensores con granizadas de piedra y de fragmentos de hierro. Ingenieros chinos seguían al ejército para construir puentes, desviar los ríos o provocar inundaciones durante los asedios.



ESCUDOS MOCHELES

la clase de guerra, desde la aguja con hilo hasta la lima para afilar las flechas, una camisa de seda cruda, pues ésta en vez de rasgarse al recibir un flechazo, penetraba con el arma en la herida. Los médicos chinos sabían sacar las puntas de las flechas rotas, tirando de la seda.

Un poderoso cuerpo de artillería acompañaba a la caballería. A lomos de yacs o de camellos se transportaban cuidadosa-

Oficiales especializados cuidaban del armamento y equipo de cada tropa, y si faltaba algo, no sólo se castigaba al soldado en cuestión, sino al jefe más inmediato. Ciertos suboficiales de caballería debían determinar en la vanguardia el lugar en que acamparía cada división. Otros, se ocupaban de que ningún objeto quedase olvidado en el lugar en que acamparan, cuando las tropas reemprendían su mar-

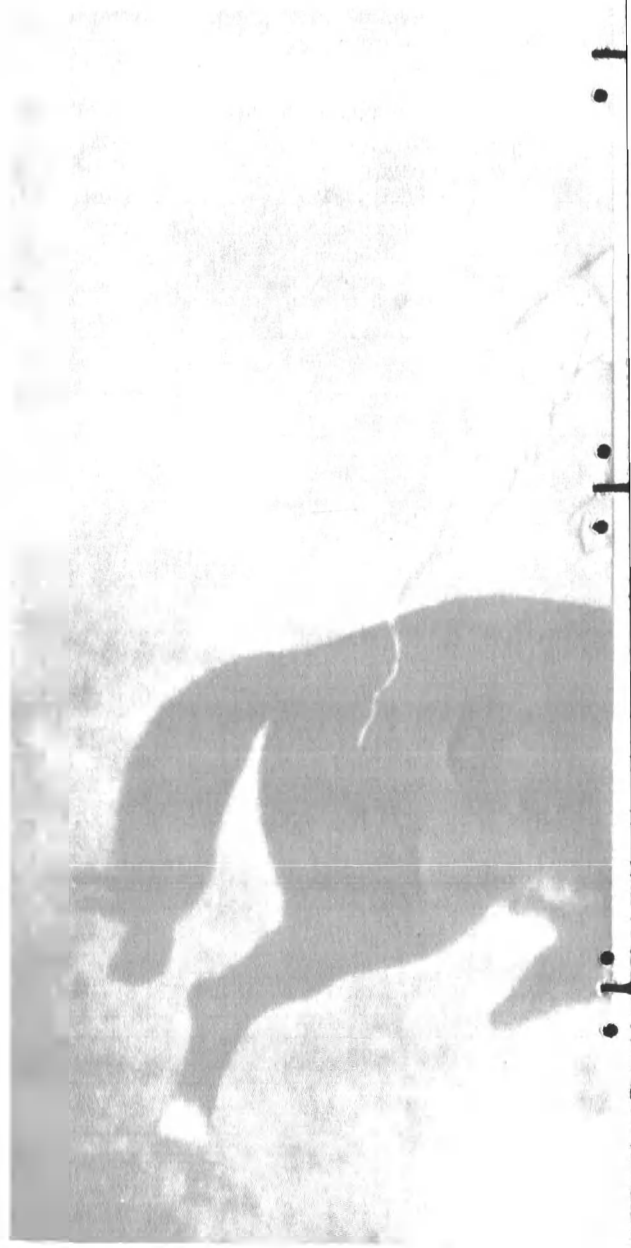
cha. Otros, en fin, estaban encargados de distribuir el botín, con toda equidad.

Cada jinete disponía de dos a tres caballos de reserva. Las armas estaban calculadas para el combate a distancia y la lucha cuerpo a cuerpo: un arco y dos cascaves con distintas clases de flechas; uno, constantemente dispuesto para ser empleado y el otro de reserva, envuelto en un material impermeable; una jabalina; una lanza de tope con un gancho para arrancar al adversario de la silla; sable ligeramente curvo o una hacha de combate; y por último, el lazo que los mogoles manejaban con extraordinaria habilidad.

Es curioso anotar, a manera de comentario, que en la época de las guerras napoleónicas, un regimiento de calmuco —descendientes de los mogoles— al servicio del Zar, sembró el pánico entre los franceses, pues a pleno galope, durante los ataques de caballería, lanzaban el lazo y dando media vuelta, arrancaban tras de ellos a sus víctimas. Entre los franceses había corrido la especie de que en el ejército ruso había caníbales... Ellos estaban convencidos de que sus compañeros enlazados, eran arrastrados directamente a la caldera.

No se debe olvidar, que estos jinetes del Asia también llamaron la atención del mismo Napoleón. Después de que éste venció a los mamelucos en la batalla de las Pirámides —gracias a su artillería— admiró tanto a los mamelucos —adiestrados a la usanza mogola—, que llevó varios de regreso a Francia, que se distinguieron por su devoción al Emperador.

También vale citar, que Curzio Malaparte, como corresponsal de guerra italiano en el frente de Rumania, en la Segunda Guerra Mundial, observó con sorpresa, que los descendientes de los mogoles incorporados al ejército soviético, en vez del caballo tradicional, componían regimientos de tanques. Aleccionados por los oficiales soviéticos, se vincularon a la reconstrucción del país, después de la Revolución; descen-



dieron de sus caballos; se convirtieron en obreros stajanovistas de las forjas del Don y del Volga. Cuando el Mariscal Budienny, rechazado por los alemanes con el empuje irresistible de las "Panzerdivision", dejó a la retaguardia considerables agrupaciones de pequeños carros blindados, que los alemanes designaron "Anzerpferde" (caballe-



ría ligera). Eran máquinas pequeñas y agilísimas piloteadas por los jóvenes obreros mogoles stajanovistas. Su táctica, como en el pasado, cuando sus abuelos de caballería, aparecían súbitamente en los flancos del enemigo, consistía en aparecer repentinamente y atacar para destruir las cremalleras de los tanques; luego, desapa-

recían imprevistamente entre la maleza, aprovechando las sinuosidades del terreno, para retornar de improviso, describiendo largos espirales en los prados, en las llanuras y en los campos de rastrojos. Estos escuadrones ligeros evolucionaban en la planicie con igual agilidad que los caballos.

También existe información de que los jinetes mogoles, cuando Rusia derrotó y expulsó a los descendientes del Khan Batú, pasaron a engrosar los ejércitos cosacos que emprendieron la conquista del Este, más allá de Siberia.

Pues bien. En el ejército mogol, como se anotaba anteriormente, se seguía el orden establecido e introducido por Gengis Khan; cada jinete conocía su lugar en la decena, en la centena y en el millar. Estos últimos se reunían en destacamentos que recibían órdenes de jefes especiales, los que a su vez las recibían del Comandante de izquierda o de derecha de todo el ejército, y a veces del mismo Khan mogólico.

Este pueblo nacido para la guerra y forjado para la guerra, inventó el mejor arco, corto y de doble curva, para usarlo desde el caballo; ideó un lazo al extremo de un báculo; confeccionó una silla de cuero para mayor comodidad en el caballo e inventó los estribos para descansar las piernas, mientras que en el resto del mundo los jinetes cabalgaban a pelos.

Gengis Khan no sólo revolucionó e innovó la estrategia y el arte de la guerra, sino que fue uno de los primeros conductores de ejércitos que descentralizó el mando para confiarlo a generales, que habiendo cursado sus estudios en Institutos Militares, fueron ascendiendo por grados bajo el mando de Gengis Khan, hasta alcanzar las más altas preminencias, como fueron las de trazar y proyectar las grandes campañas en que quedaron aplastados los mejores ejércitos comandados por generales que hasta entonces no habían conocido la derrota. Fueron grandes conductores los hijos del Khan y sus parientes y aún hombres pertenecientes a otros pueblos, que se incorporaron a sus filas después de la derrota.

Chinos, europeos y otros pueblos asiáticos, comprendieron, que ningún ejército del mundo estaba en condiciones de enfrentar con éxito a las huestes mogolas.

Para no mencionar sino algunos de sus generales de genio y de auténtico brillo militar, nos limitaremos a registrar los nombres de Subunday Bagatur (Subotai), Dzabe Noion y su hijo mayor Juchi. Todos los grandes estrategos de Europa y Asia de entonces, fueron vencidos por la genial estrategia y tácticas de combate de estos grandes señores de la guerra. El primero, sin lugar a dudas, Subunday, alcanzó la victoria total en más de treinta batallas y nunca supo de la adversidad de un revés militar. Envejecido en los campos de batalla, pasó sus últimos años, cuando ya no hubo adversarios que vencer, recogido en su tienda de fieltro, viendo pasar a los embajadores y enviados especiales de los grandes reyes, que iban a rendir homenaje al Gran Khan de turno, en el peligroso albur de la política inconstante de los nómadas.

Gengis Khan, con el espíritu veloz del gran conductor de masas, comprendió que las virtudes guerreras que enaltecían el temperamento militar de los mogoles, no eran suficientes para garantizar la estabilidad de un Imperio; supo aprovechar con certera visión, el genio y las capacidades de muchos hombres que conoció después de la victoria alcanzada sobre turcos, árabes, chinos y europeos. Cuando su hijo Juchi venció a los quirquizes o pueblo de los bosques, por primera vez entró en contacto con la escritura al escuchar que un guardasellos llamado Tatatunga era capaz de hacer signos escritos para conservar las palabras habladas por los mogoles. Inmediatamente lo puso a su servicio y ordenó que se enseñara esta escritura a los hijos menores de su familia.

Su mayor acierto, y de consecuencias decisivas para la conformación del gran imperio que soñara para el pueblo de las tiendas de fieltro, recayó en Yeliu-Tschutsai, cuando se enfrentó en una guerra decisiva a los ejércitos chinos al otro lado de la Gran Muralla. Fue este personaje uno de los mejores hombres de Estado, quizás el más importante de todos los tiempos. Este chitano, de la familia de los Liao, que habían servido más de cien años a la

dinastía de los Chin, como altos funcionarios, también tenía algo de raza mogólica, lo que explica que fuera capaz de comprender instintivamente la mentalidad de este pueblo extraño, sin dejar de sentirse enteramente chino. Este canciller sin rival, que había crecido entre tradiciones milenarias chinas, comprendía seguramente en su fuero interno, que la dominación de los nómadas sobre los pueblos cultos, sería insostenible una vez que Gengis Khan desapareciera de la escena. Este gran Jeliu Tschutzaí, culto y refinado, sabio en la ciencia del Estado y en las matemáticas, adepto de Confucio, aficionado a las bellas artes, sólo aceptaba como bolín de la victoria, libros antiguos, instrumentos de música y medicinas raras.

Su genio organizador y su profundo conocimiento de los pueblos y de los hombres se aprecia, con sólo enumerar algunos de los aspectos de su obra de gobierno, después que los mogoles conquistaron el Imperio Chino: separación de la administración civil de la militar; exámenes públicos, presididos por sabios chinos, en todas las provincias conquistadas, para elegir funcionarios aptos; libertad para 4.000 sabios chinos cautivos de los mogoles, que pasaron a convertirse en jueces y administradores de las provincias; institución de una jerarquía exacta para los oficiales y funcionarios administrativos, con limitación de poderes, para prevenir la arbitrariedad y los abusos de autoridad; juzgamiento, por medio de tribunales legales de los crímenes o faltas cometidas; organización de un Tribunal Supremo; funcionamiento de escuelas donde los niños mogoles aprendían, según la manera china, geografía, historia, matemáticas, astronomía y otras ciencias; adopción, en todo el territorio conquistado, de pesas y medidas fijas; impuestos regulares y bastante módicos que debían cubrirse en dinero, tejidos y cereales en lugares urbanos, y en ganado, por los nómadas; circulación de papel moneda, sólido y seguro, para negociar hasta con las regiones más apartadas del Imperio; medidas de seguridad para garantizar el tránsito libre de hom-

bres y caravanas y reglamentos especiales, para facilitar el intercambio de bienes y productos.

Las Campañas Aniquiladoras

Convertido en soberano absoluto de los pueblos mogoles; provisto de un poderoso ejército de jinetes y de un Estado Mayor, tal vez único en el mundo de entonces, por delante quedaba la gran empresa de luchar contra las grandes potencias de las ciudades y de los recintos amurallados. Aun cuando abrigaba la convicción de vencer en campo abierto a todos los que se le-enfrentaran, estaba convencido de que él y sus generales no estaban preparados para una guerra de asedio ni para competir con la técnica militar de los chinos y de sus países aliados, de organización semejante. Debían, por tanto, adquirir los conocimientos del futuro adversario, paciente y metódicamente. Su imperio limitaba con tres grandes países organizados políticamente y bélicamente potentes, a la usanza china. Al Este y al Sudeste estaba el poderoso imperio Chino, tras un muro que no tenía paralelo en el mundo. Al Sur se encontraba el Estado de Tanguta Hsi-Hsia, y al Oeste se extendía, más allá del Pamir, Kara-Chitan, el Imperio Centro Asiático.

La China primitiva había sido el país madre de estos tres bloques. Antaño, cuando sólo reinaba el "Hijo del Celeste Imperio", éste se extendía desde los hielos eternos hasta el perpetuo verano. Al quebrarse su monolítica unidad, desde hacía cerca de trescientos años, se habla fraccionado en dos partes: una al Norte, bajo la dinastía Liao, y otra al Sur, la dinastía Sung. Luego, ésta última se vio obligada a reconocer una tercera potencia, la región Tanguta y los gobernantes de Hsi-Hsia. Y por último, un príncipe Liao, se proclamó independiente de los Chin y fundó Kara Chitan.

El Estado Mayor Mogol, por medio de comerciantes árabes y persas, organizó una red de espionaje que comenzó a informar metódicamente sobre la vida interna de estos cuatro países.

Cuando creyó llegado el momento, resolvió atacar comenzando por el más débil, proseguir con los otros dos, y reservar a los Ching para al final, asestarles el golpe de gracia. A este efecto, desarrollando una práctica maquiavélica, desató en el comienzo una guerra fría a base de intimidación, de amenaza y de hacer pensar que había llegado el momento. Logró en esta forma que su contrincante de turno enviara sus fuerzas contra él y les infringió a estas huestes una derrota aplastante en campo abierto, gracias a la movilidad de sus efectivos, en operaciones envolventes. Pero sus éxitos iniciales cesaron repentinamente cuando se halló frente a los reducidos de las ciudades amuralladas. Ante la inutilidad de proseguir el asedio sin máquinas de sitio ni conocimientos suficientes de ingeniería, optó por la astucia y los métodos espectaculares: retiradas inesperadas, hostigamiento al comercio, destrucción sistemática de la agricultura y de la ganadería, divulgación de falsas noticias y proposiciones audaces y extravagantes, como la de exigir, para retirarse, la entrega de 10.000 golondrinas y 1.000 gatos, lo que provocó hilaridad y confianza en los defensores, que optaron por satisfacer sus exigencias, sin sospechar remotamente sus consecuencias. Una vez que tuvo en su poder los animales, les mandó atar algodón al rabo de los gatos y a las colas de las golondrinas, encender las mechas y soltar los animales; éstos asustados y enfurecidos se apresuraron a buscar sus nidos y refugios. La ciudad elegida para el experimento ardió por los cuatro costados, los mogoles se precipitaron al asalto, la tomaron, la saquearon y exterminaron a los habitantes que no fueron elegidos como esclavos.

A base de golpes de audacia y de ingenio, liquidó el poderío militar de sus tres primeros adversarios, les obligó a pactar una paz humillante y a prestarle asistencia técnica o ingenieros, constructores de máquinas y artesanos. Mientras reestructuró sus técnicas de guerra, concedió una tregua a su próximo enemigo, la opulenta, culta y civilizada China. Luego, tras una cuidadosa

preparación, en la primavera de 1211 reunió todas sus fuerzas a orillas del río Keruló, donde había establecido su campamento. Allí meditó largamente bajo su tienda, oró durante varios días y mantuvo largo diálogo con sus dioses. Analizó con detenimiento el curso de sus batallas anteriores. Al final, no pudo menos de experimentar satisfacción por los éxitos alcanzados: no menos de diez ejércitos, perfectamente equipados, a cuyo frente habían sido asignados los mejores generales, fueron aplastados integralmente; había arrasado pueblos, aldeas, campos y ciudades capitales; había hecho que se postraran a sus pies príncipes, reyes y generales; se había desposado con una princesa de rancia estirpe y de rara belleza.

Sin embargo, en su mente aún persistía la duda de que su próxima campaña contra los Chin, pudiera desembocar en un fracaso.

Por fin, cuando terminó su coloquio con los dioses y escuchó las profecías de sus Schamanes, reapareció ante su pueblo, para anunciar que el cielo azul le había prometido la victoria. Fue así, como a costa de grandes esfuerzos, había conseguido vencer los temores supersticiosos, que le habían acompañado a lo largo de su vida anterior, con grandes crisis de espíritu y que le seguiría acompañando hasta su batalla final con la que siempre llega.

Frente a los oficiales de sus ejércitos reunidos, declaró que había llegado el momento de sacudir la opresión secular del imperio chino. Ante el entusiasmo desbordante que apreció en sus hombres, dio la orden de emprender la gran jornada. Al frente de 200.000 jinetes se puso en marcha hacia la China. Para mantener el orden y proteger a las mujeres, niños y ancianos, sólo ordenó permanecer una pequeña tropa de 2.000 hombres, tal era la seguridad que abrigaba, de que sin su mandato no se movería una brizna de hierba en sus vastos dominios.

Encabezaban la marcha, patrullas desplegadas en forma de abanico; tras ellas se

movilizaron tres poderosos cuerpos al mando de Muchuli, Subunday (Subotai) y Dzebe Noion; después, en tres agrupaciones —centro, derecha e izquierda—, el grueso del ejército. Cada jinete llevaba un caballo de reserva y para alimentarse en los desiertos, rebaños de ganado.

Todo se calculó con un profundo sentido de la realidad: en esos días abundaban el agua y la hierba en la región árida del Gobi; se mantenía constante comunicación con los tres ejércitos que por distintas rutas debían cerrarse sobre el objetivo principal; el abastecimiento de provisiones estaba garantizado en la retaguardia, escalonadamente. Una vez que llegaron a territorio enemigo, la guerra mantendría la guerra, bajo la dirección de oficiales de remonta y administración.

En vez de marchar hacia Pekín —la capital del imperio— cruzaron la Gran Muralla 200 kilómetros al Oeste, para incitar a los formidables ejércitos del emperador a dirigirse a cientos de kilómetros de distancia y desgarnecer un tanto la cadena de fortalezas que protegía el dispositivo de defensa chino. La constante movilidad de los mogoles desconcertó a los generales imperiales, que ansiosos de librar una batalla decisiva, se fueron adentrando en territorio montañoso por caminos casi intransitables. Sus grandes formaciones de infantería se movían dificultosamente mientras que la caballería mongola se desplazaba velozmente a su alrededor sin entrar todavía en acción. Cuando hallaron terreno propicio para maniobrar con facilidad y los infantes chinos se encontraban en plena marcha, fueron acometidos por ambos flancos. Sus apretados pelotones ofrecían blanco propicio a los tiradores mogoles que los cubrían de flechas desde la distancia. Una vez que cundió el desconcierto en las filas imperiales se produjo como una avalancha el ataque de los jinetes en todas direcciones. Casi sin combatir, el principal ejército de los Chin fue destruido en su mayor parte y toda Schan-Si, se abrió ante Gengis Khan.

Conforme a su táctica de marchar separados y luchar juntos, para alimentarse con los productos del país, determinó que todos sus efectivos se diseminaran por las amplias llanuras que se abrían frente a su avance.

Tres ejércitos mandados por sus hijos Dschutschi, Tschagatai y Ugedei, como siempre en forma de abanico, se desplegaron para converger hacia una gran encerrona, que se completaría con el cuarto ejército de Gengis Khan y el quinto que conducía su hijo Tuli, que culminaría con el paso a las llanuras de Pekín.

Ante este avance incontenible fueron ocupados todos los lugares intermedios, incluyendo los pasos más difíciles y algunas fortalezas. Fue entonces cuando comenzó la operación contra la capital imperial.

Ante este poderoso baluarte se detuvieron los mogoles. Sabían que tras sus muros millones de ojos tenían puesta su mira sobre los atacantes. Las reservas de proyectiles y alimentos de que disponían los defensores eran inagotables, conforme a sus acuciosos informadores.

Jinetes y caballos, impotentes para abrirse campo, se arremolinaban impacientes ante el muro de piedra y carne, inmóvil y en espera de su ataque.

Contrariando sus planes, Gengis Khan, comprendió que debía por el momento renunciar a sus planes, mientras ideaba una fórmula distinta de irrumpir en Pekín. Dio orden de volver atrás e invernar en las cercanías, para observar los acontecimientos y decidir si debía situar sus cuarteles de invierno en Tschí-Li o fuera de la Gran Muralla. Cuando adelantaban sus preparativos de marcha, un general chino se presentó repentinamente en el campamento, para sentar las bases de pactar un armisticio.

El jefe mogol ignoraba hasta entonces que las derrotas anteriores habían provocado el desaliento y minado la voluntad de resistencia, de una corte donde se agitaban la

conspiración, la duda y la traición. Una serie de intereses encontrados, no sólo habían dividido a los altos políticos, sino creado en los conductores militares sentimientos que ya lindaban con la traición. Sorprendido, pero sin dejar traslucir sus impresiones, el Khan se limitó a escuchar al improvisado parlamentario, que imprudentemente le fue revelando el desconcierto que reinaba en la corte. Una vez que se enteró ampliamente de la realidad, sin acordar nada con el parlamentario, le manifestó que estudiaría sus planteamientos para concertar una paz duradera. Luego dio orden de trasladar el campamento más allá de la Gran Muralla, lejos de todo peligro de ser atacado y entró en negociaciones, mediante una embajada, con los gobernantes de Chitán, para buscar en ellos un aliado.

Repentinamente, en la primavera de 1212, merced a su intriga, estalló una rebelión en Chitán. Mientras se suscitaban estos hechos, exigió formalmente tributo a las provincias del norte, a la vez que derrotaba a los ejércitos que salieron a su encuentro. En medio del desconcierto y de las alternativas de una política débil de sus antagonistas, algo insólito aconteció. En los alrededores de Pekín fueron derrotados los mongoles por las huestes imperiales, conducidas por el eunuco Hu-Scha-hu, que aun cuando parálítico, como hábil y experimentado general, condujo las operaciones sentado en una silla de ruedas. Pese a este desconcertante acontecimiento, las intrigas de la corte lograron sembrar la duda contra el general victorioso y éste fue depuesto del mando. Gengis Khan, sorprendido y alertado por la derrota, ordenó a sus hombres realizar una política de tierra arrasada, para convertir una gran extensión que rodeaba a Pekín, en tierras des pobladas e incultas. Mientras, los ejércitos chinos se mantenían a la defensiva detrás de sus reductos.

Con la llegada del buen tiempo, Gengis Khan y sus huestes convergieron nuevamente sobre Pekín. Militaban en su favor las discordias internas del imperio, la

corrupción política, la falacia y el deterioro de la administración. Así fue, como, sin tomar al asalto la gran ciudad, las circunstancias anteriores y la increíble destitución del general estratega Hu-Scha-Hu, dieron al traste con la resistencia china. Su monarca terminó por pactar y rendir tributo al jefe mogol. Este, victorioso, se abstuvo por el momento de ocupar la ciudad, pues había puesto sus ojos en la conquista del Sur. Esta fue más fácil aún. El tratado de paz fue tan humillante, que todas las fortalezas, sin un tiro de flecha le fueron franqueadas. Sus comandantes debieron presentarse al campamento mogol para escuchar las condiciones impuestas. Cuando penetraron en la espaciosa tienda, todo estaba envuelto en una extraña penumbra y la luz sólo entraba por un agujero redondo, situado en medio del techo. Sobre un gran tinglado de madera, al extremo de la tienda, en preciosos y mullidos tapices se hallaban reclinadas el Khan y su última esposa, la princesa china. Al lado del trono, un poco más atrás se encontraban congregadas doce (12) concubinas. Luego en un gran círculo, sentados en taburetes y bancos, los príncipes, nobles y generales. Frente a ellos, aparecían sus nuevas mujeres conquistadas en China. Todas lucían adornadas, limpias, ostentando magníficos trajes, piedras coloreadas y alhajas de oro. Cada vez que el Khan tendía su mano hacia la copa, hombres y mujeres se alzaban de golpe, levantaban sus manos y batían palmas. A los chinos, todo esto les pareció bárbaro y extraño. Ya sólo les restaba escuchar y asentir a las condiciones.

Una vez concluida la paz, bajo tales circunstancias, Gengis Khan y sus hombres se presentaron nuevamente ante los muros de Pekín. La fortaleza resistió los embates enemigos todo el invierno, pese a que sus atacantes ya disponían de máquinas de asedio y asesores chinos. Desde su puesto de observación el comandante Chin asistió impotente a la destrucción de los ejércitos de socorro que habían acudido a liberar la ciudad. En vano intentó una postrer salida a combatir frente a sus

muros, pero los demás oficiales no secundaron su valerosa decisión. Cuando comprendió que ya sólo restaba entregar a Pekín, envió una carta al Emperador criticando su débil actitud; pidió perdón a la Emperatriz por haber fracasado; se despidió de sus generales y se envenenó, para no presenciar la ruina de la noble y activa capital del imperio.

Los vencedores fueron recibidos con todos los honores por indignos oficiales. A partir de ese día, durante semanas enteras, caravanas cargadas con todas las riquezas atesoradas en muchos años, bien embaladas y cuidadosamente catalogadas, salieron a diario de Pekín, en dirección al campamento situado a las orillas del Dolon Nor.

Se cerró así esta negra página del gran país de Cathay. Los siglos que todo lo borran, se encargarían de comprobar que los bárbaros al descender de sus caballos y penetrar en las regias mansiones de los países cultos, se iban desdibujando poco a poco, hasta adquirir algún día la enigmática personalidad del chino y su gusto refinado y exquisito.

En el Asia anterior los Musulmanes se enteraron bien pronto del desastre ocurrido a Cathay y de que sobre las ruinas de su pasada grandeza reinaba la paz mogólica.

El Sha de Choresm, un conquistador, Alá-Ed-Din-Mohamed, se revolvió inquieto y azorado en su trono de oro, recamado de piedras preciosas. El Califa de Bagdad supo de la terrible noticia y tuvo el presentimiento de una gran desgracia. Esa noche soñó que una tempestad avanzaba desde el Poniente, barriendo todo a su paso.

Mohamed que ambicionaba el dominio del mundo Musulmán se venía preparando para conquistarlo hasta el final de su extensión. Todo auguraba el éxito de sus armas y la ruina de sus opositores. Obraba bajo la convicción de alcanzar el mando supremo como jefe espiritual de los mahometanos. Por ello confiaba en desplazar de esta posición al Califa de Bagdad, que a no dudar,

ante el buen suceso de sus primeras victorias, aceptaría sus condiciones. Pero, cuando regresó a Samarcanda, dejando a sus tropas, mientras iba a reclutar nuevas levas, le llegó un mensajero de una de sus más importantes fortalezas de la frontera para informarle que su gobernador había apresado una caravana, porque entre los mercaderes venían espías mogoles. El Sha devolvió al mensajero con la orden perentoria de dar muerte a los espías y afeltar las barbas a los mercaderes, la mayor humillación que podía inferirse a los potentados musulmanes.

Con esta orden —escribe el cronista— el Sha firmó su propia sentencia de muerte, pues cada gota de sangre de aquéllos mogoles sería pagada con raudales de sangre de sus súbditos; cada cabello de un embajador o representante de Gengis Khan, con centímetros de millares de cabezas; cada dinar de las mercancías decomisadas, con centenares de quintales de oro.

Al quebrantar su palabra de dar paso libre a las caravanas de comerciantes, el Khan no podía concebir cómo un monarca pudiera así faltar a su promesa empeñada. Pero, pensando, tal vez, que hubiera podido ser una orden emitida por un gobernador de Mohamed, le despachó una nueva embajada, pidiendo explicaciones por la flagrante violación de normas diplomáticas, que todos los monarcas del mundo Oriental sabían respetar. Nuevamente el Khan no pudo dar crédito a sus oídos. Su embajador había sido ejecutado y se quemó las barbas de sus compañeros. Estos le informaron asimismo, que cuando le transmitían su mensaje al Sha, éste manifestó en voz alta: "Por la sombra de Alá! No es posible que un simple bárbaro se atreva a pedirle cuentas a él, soberano del Islam y el Segundo Alejandro (Iskander) de la historia".

Tal sería la ira de Gengis Khan al saber la noticia, que no pudo contener el dolor, de haber enviado sus amigos a la muerte, que sus ojos llameantes se llenaron de lágrima.

mas. Para él la persona de un embajador era sagrada e intangible. Que el cielo me conceda fuerzas para vengarme!

Así fue —agrega el cronista— como se desató la tempestad sobre Koresma, tal como lo había soñado el Califa de Bagdad.

Los hombres flecha del Khan salieron al galope para convocar la mitad del Contingente, desde el Altai hasta el Mar Amarillo. Todos los mogoles desde los diez y siete hasta los sesenta años de edad empuñaron las armas.

En otoño de 1218 se adelantaban febrilmente los preparativos. Cuando se estudiaban las rutas a seguir, un correo del General Dezebe Noion, comunicó que éste había descubierto en el Oeste, un camino a través de las montañas, que conducía al reino de Choresm. Por él hizo avanzar en una cabalgata aventurada y audaz, ante la que palidece el paso de los Alpes realizado por Aníbal y Napoleón, un ejército de 30.000 hombres por entre el Pamir y el Tien-Schan. A través de una capa de nieve, tan espesa como la altura de un hombre, bajo un frío que reventaba las venas de los caballos, y congelaba sus patas, atravesaron los helados países de Kisie-Art y Terek-Dawan, de una altura de 4.000 metros. Envolviendo las patas de sus caballos cruzaron por aquel mundo, rodeados de montañas de 7.000 metros.

Después de sufrir privaciones y fatigas innarrables, ante su vista se abrió por fin el hermoso y verde valle del Fargana, el país de los viñedos, de la agricultura, del trigo y de los mejores jumentos. Allí salió a su encuentro la primavera y hombres y animales volvieron a respirar el aire de la llanura.

En momentos en que los forrajeros requisaban y reunían los ganados que hallaron a su paso, aparecieron las avanzadas de las fuerzas de Mohamed. Cuando éste desde un pequeño altozano divisó a los nómadas vestidos con pieles, sobre sus pequeñas monturas enflaquecidas, sin cota de malla,

sin acerados escudos, casi tuvo piedad de ellos. Al primer ataque de sus brillantes jinetes acorazados, los mogoles se dieron a la fuga, pero cubriendo de flechas a sus perseguidores. En su seguimiento la caballería de Choresm, se adentró más en el valle hasta encontrarse con el grueso principal del contingente avanzado del hijo mayor del Khan, Dschutschí, quien estuvo a punto de replegarse para evitar un encuentro tan desigual. Pero reaccionando rápidamente, pensó que su padre podría imaginar que tuvo miedo. Se aprestó al combate con la fría calma de su fatalista espíritu mogol.

Cuando los hombres de Mohamed se lanzaron al ataque al son de trompetas y con gran estruendo de timbales, los mogoles les esperaron impasibles; luego, profiriendo gritos salvajes, se arrojaron contra sus atacantes precedidos de una nube de flechas. Todas sus maniobras se efectuaron de manera sorprendente e incomprensible para Mohamed y sus hombres. "Solamente banderines y señales de diferentes colores y formas, dirigían a los escuadrones, que atacaban, retrocedían, se desviaban desparramándose y se reunían cambiando la dirección del choque, sin que fuera posible adivinar sus intenciones". Hubo un momento en que derrumbaron el centro musulmán, hasta el punto de que el propio Sha, corrió el peligro de caer en sus manos, debiendo su salvación, únicamente al temerario contraataque de caballería de su hijo Schelal-Ud-Din. Este sería el único hombre de guerra que llegaría a preocupar a Gengis Khan en el curso de la campaña. "La batalla continuó hasta la caída de la noche, cuando ambos ejércitos, por tácito asentimiento, se retiraron a sus puntos de partida".

Al salir el sol y alumbrar el valle, los asombrados guerreros del Islam, sólo vieron un campo vacío, cubierto de cadáveres. Los mogoles, en sus caballos de reserva, llevándose los ganados requisados y sus heridos, se situaron a una jornada, donde reagruparon sus efectivos y esperaron el ataque de sus contrarios.

Mohamed, perplejo y seriamente preocupado, no intentó una segunda confrontación. A su turno, se retiró y celebró como una victoria el extraño episodio. Pero en su ceño fruncido sus oficiales adivinaron lo que realmente estaba pensando: "Estos enanos infectos son hombres hábiles y valientes".

Como en las novelas de suspenso, Gengis Khan y sus generales, desafiando la naturaleza, montañas inaccesibles, desiertos agotadores, distancias mayores de 3.000 kilómetros, ríos desbordados y jornadas interminables, se desplegaron como siempre en movimientos envolventes, como tendiendo un círculo mortal en torno a ejércitos numéricamente superiores (500.000 hombres), pero de menor movilidad.

Mohamed, que habiendo reunido hueste tan numerosa, imaginó haber parado el golpe, temió arriesgarse en una batalla decisiva, desechando los consejos del mejor general de Choresm, Timur Melik y de su bizarro y genial descendiente, el príncipe Schetal-Ud-Din.

A medida que pasaron sus días de inactividad, comenzó a gestarse en su ánimo un terror y un letal desconcierto, ante el recuerdo de su encuentro en la región fronteriza, con el pueblo ignoto y salvaje de las praderas.

A su alrededor, los mogoles continuaban tendiendo velozmente una red impenetrable que iba cerrando todos los caminos: en la llanura de Fergana, Dschutschí, tomó una ciudad tras otra; Tschagatai y Ugedei aparecieron en el Sir Daria; en el curso superior del Amu Daria, 400 kilómetros más al Sur, surgió Dzebe Noion, descendiendo del Pamir; Gengis Khan, en persona, se aproximaba por el Este en dirección a Buhara y Samarkanda. Entonces, el Sha comenzó a comprender —ya no como el guerrero experimentado— sino como el monarca a punto de perder su reino, que para escapar al cerco, sólo le quedaba abierta la ruta del Sur. Hacia ella se dirigió, abandonándolo todo, antes de

que le cerraran el paso. Huyó vergonzosamente, aterrorizado, y fue a morir en una isla desierta, con los mogoles pisándole los talones.

Con la velocidad característica que imprimían a sus operaciones, una a una fueron tomadas y arrasadas las más bellas y prósperas ciudades, inmortalizadas en las Mil y una Noches: Samarkanda, la bella; Bagdad, Basora y tantas otras, orgullo del Islam.

Luego, sin enemigo a la vista, volvieron sus ojos hacia Europa, pero su conductor, hasta las puertas de Polonia y Alemania, sería otra figura estelar, el Khan Batú, hijo de Dschutschí, con los dos más hábiles generales mogoles: Subunday Bagatur y Dzebe Noion.

La visita del Unicornio

Ya de regreso, después de la victoria, el Khan pensó llegada la hora de dividir su imperio entre sus cuatro hijos de Burtai. Tenía de la riqueza esa concepción propia del nómada. Repartió entre ellos lo más deseable en la tradición de su raza: hombres para servirlos; ganados para que subsistieran y tierras fértiles para sus rebaños. No pensó para nada en el oro y en la plata. Y para que el poder no se fuera de sus manos, sentó el principio de que el ejército debía ser siempre, patrimonio del más fuerte. Dejó sus invencibles huestes a Tului.

Era otoño, cuando la hierba de la estepa se torna pardusca. Antes de la llegada de los vientos fuertes, los pinos en torno al Baikal se reflejaban aún en las aguas. La leyenda cuenta que en una excursión a las montañas, se halló repentinamente ante un animal del tamaño de un ciervo, de color verde, con cola de caballo y con un solo cuerno, que en el lenguaje de los humanos, le ordenó volver grupas y desistir de marchar contra los indios, atravesando el Tibet.

Vivamente intrigado, consultó a su Canciller, el sabio chino, Yeliu Tschutsai, sobre la

extraordinaria aparición del animal que hablaba. El humanista le contestó que el ser raro era el Kio-Tuan, que hablaba todos los idiomas del mundo. Este ente maravilloso, agregó el sabio, era el enviado del "Cielo Azul" cada vez que deseaba evitar un derramamiento inútil e injusto de sangre. Y que si él era el primer hijo del cielo, los otros pueblos eran también sus hijos y él debía amarlos como a sus hermanos. Si quería merecer la gracia del cielo, debía dejar en paz a los habitantes de aquel país.

Otros autores que recogieron leyendas, cuentan al referirse al Kuo-Tuang describiendo la escena a su manera: "Cuando el Khan, en una cacería, después de matar un Yack salvaje, perseguía a un jabalí, se empinó sobre su caballo y alzó el arco; la flecha salió disparada, pero en el mismo instante el caballo dio un salto de costado, derribando a su jinete; el jabalí herido, feroz y con sus flancos mojados de espuma, hizo frente y empezó a aproximarse amenazadoramente al caído. El Khan, sin poderse mover, sintió un punzante dolor en el pecho. Miraba fijamente al animal que aumentaba de proporciones conforme iba acercándose. Pero entonces, una mano, sin precipitación hundió y revolvió una lanza en el cuerpo del jabalí, hasta dar en el corazón. La lanza quedó señalando al cielo y un chorro de sangre saltó cerca de su rostro, mientras entre él y el animal se abría una ancha trayectoria roja. Y entonces, el Khan vio como, en el lugar que antes ocupaba el jabalí, apareció un animal que le miraba con los ojos rojos. Era verde como la hierba del contorno, y de igual manera que la lanza quedara rígida e inmóvil, hundida en la cerviz del jabalí, así también señalaba al azul del cielo un largo cuerno, tieso como una flecha, que salía de la testuz del animal. Tenía la cabeza de caballo y movía los ollares, diciendo: "No te preocupes; el peligro ha pasado". El Khan no podía desprenderse de aquellos ojos, que brillaban igual que rubíes. "Es tiempo de que vuelvas atrás, dijo el Unicornio... Es tiempo de que mires atrás, añadió suavemente el Unicornio".

Gengis Khan nunca había obrado contra la voluntad del cielo, a través de sus misteriosos coloquios. Esta vez, también se sometió y volvió a su patria, por el antiguo camino, cruzando el Amu-Daria.

Algún tiempo después, mayo de 1220, fue traído a presencia del Khan el sabio chino Tschang-Tschun, a quien él había solicitado que viniera a verlo. Su viaje, desde la gran distancia, había sido igual a una marcha triunfal. Había recorrido 10.000 li, acompañado desde Samarkanda, en un largo viaje a través de 50 grados de longitud, por uno de los grandes jefes mogoles, para dirigirse al Occidente. En los lugares en que el sabio descansaba, los príncipes y las princesas mogoles por donde él cruzaba, le recibían con los mayores honores, y los frailes y el pueblo acudían en masa para venerarle.

A continuación del saludo ceremonioso, en que intercambiaron las frases de ritual en Oriente, el jefe mogol preguntó al sabio: Santo hombre, puesto que has venido de un país lejano, "¿Posees tu la medicina de la vida eterna?". El chino, suavemente le replicó: "Hay, es cierto, el modo de prolongar la vida; pero no existe la medicina de la inmortalidad". A esta primera entrevista sucedieron otras y el sabio fue honrado como nadie antes lo había sido en la corte del Khan. Este, comprendió que ya se aproximaba su batalla final, que de antemano ya había perdido.

Procedió a reunir por última vez el Kariltai que congregaría a todos los suyos. Familiares y guerreros acudieron desde los cuatro puntos cardinales. Sin hablarles de fatales augurios, dictó todas las disposiciones que creyó aconsejables y los exhortó a cumplir siempre, hasta el fin de sus días, las normas que les trazaba el Yassa. Una vez que se llevaron a efecto grandes regocijos, disolvió el Supremo Consejo, y esperó resignado, con el fatalismo del bárbaro, que se llegara la hora de emprender el largo viaje, del que nadie vuelve.



Murió en el "Año del Cerdo", en 1227, en las colinas de Hsia. En momentos en que espiraba, se tumbó sobre el costado; su ojo izquierdo se entrecerró, mientras que el derecho, brillante y fatídico, seguía mirando a los presentes. Todos, en silencio, con la vista baja, evocaron las palabras del poeta:

"Cuatro varones estaban, importantes,
Al lado de un glorioso Capitán:
El médico, el Schaman, el derviche y el
astrólogo.
Tenían los remedios, y los viejos conjuros,
Talismanes y horóscopos,
Pero no pudieron traerle la salud y la salva-
ción".

En medio del silencio, se escuchó el relincho de su caballo favorito, junto a la tienda. Todos, presos de repentino temblor, miraron al Gran Khan. Su ojo derecho había perdido el brillo, volvióse opaco y se cerró después.

El último viaje del Khan

Mucho antes de su muerte, cuando ya la victoria era su invariable compañera, llevaba consigo un ataúd cavado en un enorme tronco de encina, forrado en su exterior con chapas de oro puro.

En la noche del día final, los hijos lo colocaron clandestinamente en el centro de la tienda e introdujeron el muerto, vestido con su coraza de combate. Sus manos, cruzadas sobre el pecho, apretaban la empuñadura de una espada. El yelmo negro, de acero bruñido, sombreaba su rostro severo, empalidecido y con los párpados bajos. A ambos lados del cadáver, en el interior de la caja, colocaron un arco con flechas, un cuchillo, un yesquero y una tasa de oro.

La muerte se mantuvo en secreto. Envolvieron el ataúd en un fieltro y lo colocaron sobre un carro de dos ruedas, al que engancharon 12 bueyes. Luego, emprendieron el camino de regreso. Y para que nadie difundiera la nueva, sus Bagatures, en el tránsito, antes de llegar a la "Horda-Raíz", mataron a lo largo del camino a todo ser viviente —hombres y animales— diciendo a los moribundos:

"Idos al reino que está situado más allá de las nubes, y servid con afán a nuestro sagrado gobernante".

El cuerpo fue enterrado donde él quiso que reposara: "Este lugar es cómodo y adecuado para el pastoreo de los ciervos salvajes y es apropiado para mi último sosiego. Conservad en vuestra memoria este lugar".

"Poco a poco, alrededor de la tumba, creció un bosque espeso, que se hizo imposible penetrar en su interior y encontrar el sepulcro..."
